

RCF 2089

Lugares secretos

Algunos de estos cuentos son hallazgos, notas precisas y poéticas de situaciones perfectamente ubicables en la historia reciente del país. Sin embargo, los primeros textos se sumergen en lo onírico y en la ciencia ficción, pasando por unas voladas metafísicas que revelan la capacidad de abstracción del autor. Razonamientos que se mueven sin fatiga, nítidos en su divagar. Como la lucidez sin recuerdos del autómatas que camina por una calle de la ciudad o la obsesión por la dicotomía interno-externo del tipo que nace en un laboratorio

y que está condenado a convivir sólo con cyborgs y la computadora. Soledad y espanto de existir en los límites de uno mismo, incapacidad para mirar desde el otro lado. Estos son los atributos negativos del hombre... y de Dios.

En general el trabajo de Diego Muñoz Valenzuela en estos cuentos demuestra una tremenda expresividad que echa luz sobre el aislamiento en que se debaten las conciencias. Detrás de sus seres solitarios hay un algo añorado y perdido. La vejez, la persecución, la tortura, la soledad retrotraen a los estados contrarios. Y esto se percibe en los textos. El fondo de añoranza nunca se pierde y, por el contrario, afecta lo presente y los determina, lo hace infame, carente de humanidad. Por eso, varios relatos se centran en los perseguidos de los días posteriores al 11 de septiembre de 1973. Lo interesante de este enfoque radica en la posi-

Diego Muñoz Valenzuela.
Mosquito Editores, Stgo.
1993. 177 págs.



ción de la fisonomía del terror, en el motivo de la amputación de las posibilidades vitales de un hombre separado de los suyos y que atraviesa las calles con pánico, esperando que de un momento a otro "lo vengan a buscar". Las atmósferas que se crean, insufladas por un lenguaje que a cada rato nos regala con descubrimientos, generan un ambiente marcado por la densidad de la estupefacción ante la necesidad de la huida. El mundo está celosamente custodiado y vivir en él es peligroso, sobre todo para los transgresores que

no están patrocinados por una megamáquina comercial.

Hacia el final encontramos los mejores cuentos (Omnibus al amanecer; Cruzar la calle; Tarde de oficina; Vaya si no lo sabré yo).

En ellos, fuera de lo dicho, hallamos humor, ironía, un lenguaje más rápido, quizás menos intenso que en otros relatos, pero lleno de acierto, de observaciones agudas y mordaces.

Un libro que enriquece la producción nacional, que descarga mundos donde nos vemos a nosotros mismos envueltos en una niebla de irrealidad, de sueños perdidos o abominables, de deseos incumplidos, avasallados por la marea social e histórica que apenas nos deja agarrarnos del madero ganado a la devastación.

Esto revela que Diego Muñoz Valenzuela posee los elementos necesarios como para ofrecernos más obras de extraordinario nivel.

Ullmann molinos

20-11-1994 p. 33

56